

El ciclo vital revisado: las vidas de las mujeres mayores a la luz de los cambios sociales

The life course revised: the lives of old women in the light of social changes

ANNA FREIXAS, BÁRBARA LUQUE, AMALIA REINA
UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA, FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Resumen

El aumento de la esperanza de vida ha revolucionado la explicación del ciclo vital humano. En el caso de las mujeres podemos identificar en el envejecer elementos diferenciales que tienen su origen en los cambios sociales de los últimos cincuenta años. Las características de la vida de las mujeres y su gran variabilidad interindividual hacen difícil el análisis de su experiencia en términos de las etapas evolutivas clásicas. Las mujeres mayores de los próximos veinte años, beneficiarias de las nuevas posiciones feministas, se enfrentarán a la vejez con experiencias laborales, económicas, familiares, de poder y estatus diferentes a las de sus predecesoras y, por lo tanto, dispondrán de mayores recursos económicos, sociales e intelectuales.

Palabras clave: ciclo vital, mujeres mayores, feminismo, cambios sociales

Abstract

Explaining the human lifecycle has been radically changed due to the increase in life expectancy. With regard to women, the aging process involves distinctive elements that are deeply rooted in the social changes of the last fifty years. Given the features of women's lives and their numerous variations among individuals, the analysis of their experience becomes challenging when performed in terms of classic evolutionary psychology. The women living the aging process in the coming twenty years will benefit from the new feminist positions; they will be confronted with aging after having experienced work, economics, family, power and status positions that differ from those of their predecessors. Thus, they will have more financial, social and intellectual resources at their disposal.

Keywords: lifespan, older women, feminism, social changes

Uno de los hechos más significativos de este siglo ha sido la progresiva longevidad de la población que, en el caso de las mujeres, sitúa su esperanza de vida algo más de un lustro por encima de la de los hombres. Sin embargo, esto no significa que disfruten de un envejecimiento más satisfactorio que sus compañeros, si tenemos en cuenta los diversos indicadores de bienestar psicosocial en los que ellas se sitúan en clara desventaja. El envejecimiento no es un proceso que pueda mirarse desde el único prisma de la edad; tiene muchos otros matices de gran relevancia colectiva e individual. No es lo mismo envejecer siendo mujer que siendo hombre, como tampoco tiene el mismo significado hacerlo siendo miembro de un país desarrollado o no desarrollado. No supone lo mismo hacerse mayor habiendo disfrutado de una buena educación, con acceso a la cultura y a los sistemas de salud, con actividad profesional y relaciones afectivas e interpersonales, que hacerse vieja desde los límites del sistema. Así pues, el tema fundamental no es vivir más años, sino cómo vivirlos, en términos de salud, economía, bienestar, inserción social, significado personal, cultural y político.

Envejecer es un logro, un triunfo, no un cataclismo. La antigua visión de la vejez como un proceso inevitable de pérdida, enfermedad y decrepitud no se sostiene actualmente cuando una proporción importante de mujeres y hombres son integrantes activos de la sociedad y viven con autonomía y satisfacción hasta edades muy avanzadas. Mirado desde la perspectiva de las mujeres el envejecimiento puede ser un reto de gran alcance, en la medida en que deben encarar su coyuntura personal y vital que en muchos casos las ha situado en la dependencia y la pobreza y, además, desenmascarar algunos de los más enraizados mandatos socio-culturales que las han anclado en modelos profundamente limitadores, vinculados a un concepto de belleza y juventud que no respeta el proceso natural de desarrollo humano.

El aumento espectacular de la esperanza de vida –que en nuestro país es de 84 años para las mujeres y algo menos de 80 para los hombres– propiciará que en las próximas dos décadas un número muy importante de mujeres se sitúen en la mediana y este aumento de la longevidad hará que vivan un largo tercio de su vida como mujeres postmenopáusicas. Mujeres nacidas en el último tercio del siglo XX –herederas de los beneficios y discursos del feminismo de la segunda ola, hijas de mayo del 68 y de los grandes movimientos sociales impulsados por la fe en el cambio– que al grito de «lo personal es político» revisarán todos y cada uno de los elementos del contrato social y del contrato del amor; mirarán con lupa las prescripciones recibidas acerca de la vida cotidiana y deconstruirán los

acuerdos patriarcales que dominaban lo personal y lo político. Un buen número de estas mujeres, que constituirán el grueso de la población de mayores del siglo XXI, se han caracterizado por no aceptar pasivamente los modelos de vida que les han legado las generaciones anteriores, han negociado el significado de la menopausia y el sentido del envejecer partiendo de posiciones vitales e intelectuales muy diferentes a las de sus madres y abuelas. Han retado las imágenes culturales de la viejecita modosa, asexual, sacrificada, carente de opinión, deseos y necesidades, disponible, desvalorizada, débil, dando paso a modelos de mujer mayor activa y sexual, atractiva, que pone en juego su poder y su nueva posición en la sociedad, la familia, los vínculos y las relaciones.

LA VARIABILIDAD Y LA NORMA EN EL CICLO VITAL

Las características de la vida de las mujeres y su gran variabilidad interindividual hacen difícil el análisis de su experiencia vital en términos de las etapas evolutivas clásicas que se adaptan al modelo masculino construido como «la norma», lo esperable. Las teorías del desarrollo adulto tradicionalmente han utilizado en sus investigaciones poblaciones mayoritariamente masculinas, de quienes se ha estudiado su experiencia y perspectiva prescindiendo de las de las mujeres y, lo que es peor, los resultados obtenidos de tales muestras se han generalizado a ellas, considerándolas deficientes, en cuanto su experiencia y su rendimiento no se adaptaban a los estándares masculinos. Prácticamente carecemos de investigaciones que se detengan a considerar el significado y las consecuencias que las diferencias en la socialización y en las opciones de vida de las mujeres y los hombres tienen sobre su vejez.

Hace ya años que algunas autoras han manifestado la necesidad de que la investigación psicológica considere el desarrollo de los hombres y de las mujeres por separado. A pesar de que los estudios acerca del desarrollo psicosocial de las mujeres siguen siendo escasos, disponemos en la actualidad de diversos trabajos que ilustran la vida de las mujeres de mediana edad y mayores desde otras perspectivas. Sin embargo, estas investigaciones, proporcionalmente, siguen siendo escasas. Gran parte de los estudios disponibles acerca de la vida de las mujeres en la segunda parte de la vida se han realizado con poblaciones de clase media, blancas, heterosexuales y con niveles educativos medios, lo cual deja en la sombra el conocimiento acerca de la experiencia y la vida de una parte importante de la población femenina en el proceso de hacerse mayor.

Diversas autoras han argumentado que las palabras de Erikson y Levinson –que proponen el desarrollo de la personalidad adulta a través de estadios unidireccionales, irreversibles, jerárquicos y universales, en los que no se tienen en cuenta las diferencias individuales– no representan la realidad de las mujeres. Las experiencias vitales de los hombres están íntimamente relacionadas con la edad cronológica, como una variable en la que se encajan los acontecimientos de sus vidas, pertenecientes tanto a la esfera familiar como a la ocupacional. Sin embargo, este tipo de modelo no funciona en la vida de las mujeres, para las cuales la edad adulta implica una gran variedad de modelos de rol no centrados en la edad cronológica, ya que en la vida de ellas pueden presentarse numerosas combinaciones en las que la profesión, la pareja y la crianza de las hijas e hijos suponen diversos niveles de temporalización y compromiso que hacen que los papeles de esposa, madre y trabajadora puedan adquirir significados diferentes en momentos determinados del ciclo vital, algo que no suele ocurrir en la vida de los hombres cuya unidireccionalidad de los acontecimientos ha sido habitualmente más clara. La diferente implicación en el mundo público y en el privado otorga sentidos de la vida completamente divergentes, por lo que en el desarrollo de las mujeres el curso de las relaciones con frecuencia ejerce una mayor presión que la edad cronológica.

Los grandes cambios sociales que han marcado la segunda mitad del siglo xx afectan, sin duda, a la configuración de la vida de hombres y mujeres. Una buena parte de los logros conseguidos tienen su origen en el movimiento y el pensamiento feminista y han sentado las bases para la transformación de la vida privada y pública de las mujeres –y en consecuencia de la de los hombres–, a través de la incorporación sistemática de las mujeres al mundo público y de su participación en el mercado laboral que ha permitido su acceso a las instancias de poder, tanto económico como político, social y cultural. En este artículo queremos reflexionar sobre el impacto de dichos cambios sociales en el envejecimiento de las mujeres de las próximas generaciones.

Las mujeres mayores de los próximos veinte años –nacidas a partir de los años cincuenta del siglo pasado y beneficiarias de numerosos logros del feminismo– se enfrentarán a la vejez con experiencias laborales, económicas, familiares, de poder y estatus diferentes a las de sus predecesoras y, por lo tanto, dispondrán de mayores recursos económicos, sociales e intelectuales. Todo ello exigirá una redefinición de numerosos roles tradicionales desempeñados hasta el momento, relativos a la pareja, la familia, el trabajo remunerado, el dinero y la sexualidad, entre otros. En tér-

minos de la explicación psicosocial habrá que reconceptualizar los marcos teóricos con los que hasta hoy se ha explicado el curso de la vida y desprenderse de los esquemas clásicos, unificadores, negativos y androcéntricos, que han servido para invisibilizar a las personas en la última etapa de la vida y, en especial, a las mujeres.

LA NUEVA ORGANIZACIÓN SOCIAL

Con el fin de llenar de contenido esa pantalla en blanco que constituyen los treinta años de regalo que la vida nos ofrece y a falta de modelos sociales hacia los que mirar, las nuevas mujeres viejas de la primera mitad del siglo XXI tendrán que mirarse unas en otras para dibujar entre todas una nueva carta de navegar. Podríamos presuponer que estas nuevas ancianas serán más felices que sus abuelas dado que han conseguido deconstruir algunos de los mandatos sociales que constreñían la vida de las mujeres; sin embargo, los cambios sociales no se producen sin dolor, desconcierto e incertidumbre. Probablemente el conjunto de nuevas situaciones vitales que analizaremos en este artículo repercutirá de manera notable en su sentimiento de satisfacción vital.

La satisfacción vital, entendida como la percepción subjetiva de bienestar más allá de lo que los datos objetivos aparentes puedan dar a entender, se sustenta en dos ejes: el del «control» sobre la propia vida y el de la «felicidad». La división sexual del trabajo que ha regido en las sociedades industrializadas ha asignado a los hombres el polo del «control» (acceso a la educación, dinero, trabajo fuera del hogar, poder, estatus, etc.) y a las mujeres el polo de la «felicidad» (los vínculos, los afectos, los cuidados, etc.). Este modelo de organización social sitúa a mujeres y hombres en espacios diferenciados de la vida: el mundo de los afectos, los vínculos, los cuidados, la crianza, forman parte de la especialización femenina, mientras que los varones tienen asignada la tarea bíblica de ganar el pan, ir a la guerra y defender a mujeres y criaturas, que en la práctica se concreta en la disposición total del dinero y el poder público y privado. Este modelo ha implicado la desvalorización de lo femenino como un espacio inferior, por lo tanto, algo a evitar en el proceso de identidad masculina que se ha construido tradicionalmente a partir de la negación de su lado femenino.

Sin embargo, esta división de los papeles sociales generaba insatisfacción en ambas partes: alejaba a los varones de las emociones y a las mujeres del poder y el control sobre sus propias vidas. Las voces que recla-

maban un reparto más equitativo de ambos espacios llegaron de parte de las mujeres, quienes tuvieron más claro que ellos que esa forma de situarse en el mundo producía carencias con consecuencias de largo e irremediable alcance, especialmente en la edad mayor. Así pues, a partir de los años sesenta del siglo xx las mujeres se incorporaron progresiva y definitivamente al mundo laboral y al trabajo remunerado, con lo que empezaron a acceder a la disposición y administración del dinero y de sus bienes; por otra parte, lucharon por acceder a la educación y a la universidad, así como por conseguir que se dictaran leyes que les permitieran un mayor control de su vida, su cuerpo y su sexualidad, propiciando una transformación radical de su día a día y –aunque quizás no lo pensaban en ese momento– sobre todo, de las condiciones del envejecer. Todo ello ha modificado las relaciones y la posición de las mujeres en el mundo y les ha permitido renegociar las relaciones íntimas, la sexualidad, la natalidad y, en consecuencia, modificar en gran medida lo que será su vida como mujeres viejas en la primera mitad del siglo xxi.

¿Seremos viejas más felices que nuestras antecesoras? No es la edad por sí sola la que causa una disminución de la felicidad al envejecer, son las circunstancias asociadas a la vida en la edad mayor las que pueden determinar un mayor o menor sentimiento de felicidad. En esta síntesis entre el polo del control y el polo de la felicidad que marcan la satisfacción vital de las personas, los viejos valores de la canción popular –«tres cosas hay en la vida: salud, dinero y amor»– siguen mostrándose como los puntales básicos. La familia, las redes sociales y de amistad, un mayor nivel educativo, disponer de salud y de recursos económicos son los indicadores que sostienen una vejez suficientemente confortable.

Por otra parte, la reflexión llevada a cabo a finales del siglo pasado por el feminismo de la diferencia sexual ha contribuido a poner en valor lo femenino, a recuperar los valores que históricamente han aportado las mujeres a las relaciones y a la sostenibilidad de la vida, reconociendo su tarea civilizadora. Gracias a estas aportaciones las mujeres mayores del siglo xxi se encuentran con nuevos ámbitos de significado y presencia en los que no se ven impelidas a negar su feminidad al ocupar espacios que anteriormente estaban dedicados a los varones y para los que carecen de modelos.

EDUCACIÓN, CULTURA Y LIBERTAD

Envejecer supone un buen momento para la evaluación del tiempo transcurrido, de los logros alcanzados y de las asignaturas pendientes. La

divergencia entre las aspiraciones de que se partía y los logros conseguidos puede ser un elemento de insatisfacción e inquietud, especialmente en la vida de las mujeres socializadas en el modelo clásico de renuncia y sacrificio, las cuentas suelen saldarse en negativo. Posiblemente este sea otro de los cambios importantes de los nuevos tiempos, siempre que las futuras ancianas hayan conseguido revertir el modelo: identificar sus deseos, validarlos y ponerlos en práctica.

Una de las tareas más importantes en el proceso de envejecer consiste en «otorgar significado a la propia vida», tarea que exige la conjunción entre la reminiscencia –darle significado a la vida pasada– y la preminiscencia –proyectar el futuro. Para poder encontrar un camino personal para envejecer bien, asumiendo el pasado y diseñando el futuro, las nuevas ancianas disponen de elementos de gran valor, entre los que la educación, probablemente, sea el más importante. Entre ellas, nacidas a mediados del siglo xx, no encontraremos analfabetas. El acceso casi universal de las mujeres a la educación general básica y de una parte muy importante de la población femenina a los niveles educativos superiores, así como la generalización del uso y conocimiento de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación ofrecerá un panorama de lo más interesante. Las nuevas ancianas se comunicarán con hijas, nietas y amigas por correo electrónico, comprarán los billetes de avión y las entradas al teatro por Internet, donde consultarán el tiempo y leerán cada mañana la prensa desde su casa. La educación permite el acceso a la información y esta a la libertad. Nuestras mujeres viejas del siglo xxi, puesto que habrán tenido educación habrán podido incorporarse a trabajos remunerados (dinero propio), habrán dispuesto de experiencias de gestión y de acceso a diversas formas de poder y de control. En nada se parecerán a sus abuelas, con niveles rudimentarios de educación, sin dinero propio y amas de casa (esposas, madres, hijas, abuelas), es decir, mujeres que han hecho entrega gratuita del tiempo personal.

EL CICLO LABORAL DE LAS MUJERES

Podemos considerar que una gran parte de las mujeres mayores de los años veinte de este siglo –en la medida en que habrán tenido historias laborales con mayor continuidad y estatus que sus antecesoras– disfrutarán de pensiones de jubilación que les permitirán vivir los largos últimos años de su vida en mejor situación económica que sus madres quienes, de acuerdo con el modelo de división sexual del trabajo, desarrollaron su fuerza laboral en

un trabajo doméstico no remunerado y, por lo tanto, se vieron abocadas a la pobreza y la dependencia económica en la vejez.

La incorporación de las mujeres al mercado laboral ha cambiado de manera notable –aunque con importantes limitaciones aún– la vida doméstica, las relaciones económicas en el seno familiar y, consecuentemente, las relaciones de poder en la familia y en la vida social. El modelo de organización social de nuestra cultura es profundamente androcéntrico y no solo no tiene en cuenta las peculiaridades de los ciclos vitales de las mujeres, sino que las castiga por no correr al mismo ritmo que sus compañeros y «entretenerse» en su carrera teniendo criaturas, llevando a cabo trabajos de cuidado y afectivos de los que sus compañeros se desentienden. De hecho, los años dedicados a estas tareas de sostenibilidad de la vida no se descuentan en el currículum, por lo que los varones obtienen ventaja por su falta de solidaridad en las tareas de civilización del mundo. Algo similar se produce en torno a las pensiones que se calculan de acuerdo con un modelo de vida laboral derivado de la división sexual del trabajo, por lo que la frecuente variabilidad en el trayecto femenino perjudica claramente el nivel económico de las mujeres en la vejez.

La precariedad con que las mujeres de las generaciones anteriores se enfrentan a la vejez, en términos económicos, se relaciona con el hecho de que en muchos casos han entrado y salido del mercado laboral en función de las necesidades económicas de la familia y de las exigencias del cuidado del marido y las criaturas; mujeres que han abandonado empleos interesantes por seguir al marido errante en sus trabajos, que han evitado ascender en su carrera profesional por temor a herir el honor masculino y que han salido a trabajar «en cualquier cosa» cuando el dinero masculino no ha entrado en la casa. En definitiva, la definición heterosexual marca hoy la vejez de las mujeres que enterraron su capital de partida en el matrimonio, con la idea de que este –o Dios o quién fuera– proveería sus necesidades económicas en la vejez, pero cuando ha llegado la hora de la verdad todos han mirado hacia otra parte y ellas se han encontrado en la miseria.

El hecho de que el feminismo haya hecho hincapié en la necesidad de que las mujeres dispusieran de un «monedero propio» –una vida independiente, una carrera– no debe interpretarse como si desearan asumir el modelo laboral masculino. De hecho no es así, aunque algunas mujeres no tienen más remedio que asimilarse a él, si desean seguir adelante en su trayectoria profesional. Muchas mujeres de las nuevas generaciones, a pesar de su incorporación decidida al mundo laboral, siguen estructurando su vida laboral alrededor de las necesidades de la familia y de sus obli-

gaciones de cuidado. La flexibilidad laboral que ejercen las mujeres no suele ser una «elección»: necesitan el trabajo flexible para compatibilizarlo con las exigencias familiares. Las mujeres desean un «equilibrio» entre el trabajo remunerado y sus otras actividades vitales, incluyendo el tiempo de ocio, de cuidado y de trabajo voluntario. Uno de los retos de los nuevos tiempos será tener en cuenta las nuevas y creativas formas de vida que las mujeres están poniendo en práctica –la mayoría aun como llaneras solitarias–, abocadas a ellas dadas las duras condiciones que las formas tradicionales de relación –derivadas del amor romántico heterosexual– les imponen.

REPLANTEAR EL MODELO DE JUBILACIÓN

Probablemente el modelo androcéntrico de jubilación, según el cual se pasa de trabajo remunerado al «no trabajo» de un día para otro, sea algo que deba revisarse, poniendo en valor, justamente, el ciclo laboral de las mujeres que introduce trayectorias variables muy diversas, en las que –junto al trabajo estrictamente remunerado– se incluyen los trabajos de cuidado, el trabajo afectivo, el voluntariado y determinadas actividades comunitarias y sociales de gran calado y enorme valor social, como tareas civilizadoras insustituibles que permiten la sostenibilidad y la humanización de la vida.

De la misma manera que la diversidad es la norma, cuando hablamos de las nuevas formas familiares del siglo XXI, también lo es cuando observamos la pluralidad de situaciones que definen la vida laboral de las mujeres desde finales del siglo XX. La reflexión llevada a cabo por algunas estudiosas propone un modelo laboral prejubilatorio, a modo de transición intermedia entre el trabajo y el no-trabajo, que podría suponer una mejora en la vivencia de la jubilación, aminorando la crisis de significado e identidad que puede derivarse de un modelo vital único –como ocurre con frecuencia entre los varones. De hecho, en algunas empresas se facilita la jubilación de las y los trabajadores, permitiendo reducir horas o ámbitos de trabajo –por ejemplo, en algunas universidades se suprimen las horas de docencia, pero se mantienen las actividades investigadoras, aprovechando el caudal intelectual del profesorado–; esa reducción de las horas de trabajo a medida que se aproxima la edad de jubilación puede acomodarse en gran medida a la diversidad de trayectorias laborales de las mujeres.

Para muchas mujeres, puede convenir por razones financieras –dadas sus erráticas historias laborales con sus graves consecuencias en la pensión de jubilación– alargar su vida laboral, aunque sea de manera parcial, pudiendo incluir tiempos para el trabajo remunerado junto a tiempos para otras actividades de interés, pese a no ser retribuidas. Sin olvidar el cambio estructural que supone la longevidad actual: para las generaciones anteriores la jubilación coincidía con la entrada en la «vejez», con una pérdida de facultades, con la senectud. Hoy, a los 65 años la mayoría de la población disfruta de una salud envidiable y dispone de conocimientos y habilidades que la hace sumamente útil en muchas de las esferas de la vida laboral, social y comunitaria. Todo ello hace plausible la idea de crear una jubilación «a la carta» que permita a las personas que lo deseen compensar algunas de las dificultades con que pueden encontrarse en el momento de la jubilación forzosa.

Un único modelo de jubilación no responde a las diferentes implicaciones en el mundo laboral y familiar de las mujeres. Las nuevas formas de jubilación que la sociedad deberá plantearse emergen, de hecho, de esta diversa y plural realidad vital y laboral y también, en estos tiempos de crisis, de la de las nuevas generaciones de mujeres y hombres para los que el empleo no va a ser ya más un tema de «seguridad vital», como lo ha sido para los varones históricamente y hasta el momento presente. Podríamos decir que nos encontramos ante una sociedad en la que la inseguridad laboral y económica iguala a mujeres y hombres por abajo y –ahora que les afecta también a ellos– parece llegado el momento de revisar las formas de jubilación, para tener en cuenta situaciones nuevas; esta ha sido una demanda que han mantenido las mujeres tiempo y tiempo. La diferente manera de relacionarse las mujeres con el mercado laboral ha sido considerada históricamente como un déficit; aunque ahora la crisis actual parece que minimiza las diferencias de género en el mundo laboral.

El miedo a la precariedad económica seguirá siendo un sentimiento prevalente en las mujeres de las próximas generaciones que han mantenido empleos intermitentes, especialmente para las que no tienen pareja y cuentan con cargas familiares. Esta inseguridad se fundamenta en el empleo a tiempo parcial, en la conciliación, en la flexibilidad laboral que ha situado a las mujeres en una posición financiera vulnerable al impedirles tener unos ingresos seguros y una continuidad laboral que garantizara su jubilación. Probablemente, gracias a las reflexiones derivadas del pensamiento feminista, las nuevas mujeres mayores se habrán tomado en serio

la continuidad laboral y las pensiones, por lo que disminuirá el número de ancianas pobres.

HACER BELLEZA O HACER SALUD

Envejecer no es fácil, en una sociedad como la nuestra en la que la belleza se sustenta sobre dos elementos de difícil consecución a medida que nos hacemos mayores: la juventud y la delgadez. Ser joven, cuando se tiene más de sesenta años, supone un oxímoron: no se puede ser mayor y joven y, además, estar delgada, viniendo de una historia de alimentación penosa y siendo educadas en un modelo estético que es en sí mismo estático, tampoco supone una tarea fácil en la edad mayor.

El cambio cultural acerca de la imagen del cuerpo de la mujer se ha producido fundamentalmente desde principios del siglo xx. Naomi Wolf sitúa el inicio de la preocupación por la dieta y la delgadez a partir de 1920, cuando las mujeres occidentales empiezan a conseguir el voto y la emancipación legal, con algunas oscilaciones en función de la mayor o menor exaltación de la maternidad como destino. Sin embargo, será claramente a partir de 1965, con la aparición del modelo escuálido Twiggy, cuando las mujeres empiecen a adelgazar de manera evidente y, con ello, a sufrir por su peso que siempre consideran excesivo. A pesar de que las mujeres han avanzado en derechos, en estatus y en poder, lo cual les debería aportar una alta autoestima, mayores sentimientos de competencia y valor, la preocupación obsesiva por el peso las llevará a sentirse «normativamente» desgraciadas, a pesar de sus avances reales que deberían concretarse en todo lo contrario.

Las mujeres ancianas del futuro han podido llevar a cabo una reflexión individual y colectiva acerca de los mensajes y mandatos recibidos respecto a la belleza y han podido ir construyendo su propio pensamiento sobre ella. Las ideas sobre la belleza hoy han ido cambiado y podemos apuntar hacia un nuevo concepto de belleza que integra y realiza a las personas, que no las limita por la edad, ni obliga a un determinado aspecto exterior, sino que profundiza hacia el interior de cada ser, partiendo de una estima personal. En este nuevo concepto se valora más la belleza interior, la particular o singular, la belleza de quien se acepta y se quiere a sí misma y, todo esto, se refleja en sus modelos estéticos. La belleza reside en los procesos psicológicos y personales que llevan a las mujeres a mostrarse seguras y confiadas en unos cuerpos que pueden situarse más lejos o más cerca de los cánones establecidos. Un elemento básico en la defi-

nición de la belleza es la consideración de que esta no se concreta en unos rasgos más o menos perfectos, en una apariencia armoniosa y acorde con las normas, sino en el reflejo externo de unas características personales y relacionales que se muestran en el exterior como autoaceptación y armonía que es percibida por el ojo de quien mira.

Las demandas culturales nos han impelido históricamente a implicarnos en «prácticas disciplinarias» de gran coste físico, económico y psicológico para mantener nuestra apariencia; prácticas que suponen estrategias globales de control, en este caso biopolíticas de control de cuerpo femenino que llevan a las mujeres a un continuo «tener que hacer», porque si no, no existen. Naomi Wolf lo resume diciendo: «El verdadero problema es la falta de elección». Frente a ello, las mujeres ancianas del futuro se habrán iniciado en la toma de decisiones acerca de cómo desean vestir, arreglarse, mostrarse. Llevando a cabo un cuidado personal que no se vive como un imperativo que hace sufrir porque si no se cumple se es excluida, como un dolor o una obligación, sino como un elemento de placer o divertimento, de identidad personal y aceptación de lo que la naturaleza ha dispuesto para cada una, de libertad. Belleza para sentirse bien.

Dado que las imágenes convencionales de las mujeres de más de sesenta años con las que crecimos no tienen ya nada que ver con nosotras, tendremos que construir nuevos patrones. El tema crucial para las nuevas mujeres mayores consiste en la búsqueda de un modelo de belleza que nos transporte de la viejecita arrugada, vestida de negro, cuya implicación en su imagen corporal brilla por su ausencia, a una tipología en la que quepa la diversidad y el divertimento, más que la obligación de la máscara en el proceso de ocultación de la edad. En definitiva, se plantea un cuestionamiento de hasta qué punto las mujeres mayores están dispuestas a llegar para identificarse con lo que es considerado atractivo en nuestra sociedad, hasta dónde se está dispuesta a «conformarse» de acuerdo con un modelo para alcanzar una imagen de la apariencia del envejecer «correcto», teniendo en cuenta que los modelos de belleza femeninos suelen estar más allá de la capacidad de la mayoría de los seres humanos mayores.

SALUD Y TRABAJO REMUNERADO

La salud de las mujeres mayores del siglo XXI se beneficiará de las reflexiones derivadas de las redes de mujeres para la salud que desde finales de los años noventa del siglo pasado han llevado a cabo interesan-

tes estudios sobre la morbilidad diferencial de mujeres y hombres y han cuestionado los tratamientos, los diagnósticos y las prácticas médicas en relación a la salud de las mujeres.

Un tema de gran importancia en la vida de las futuras ancianas es la relación entre la incorporación masiva de la población femenina al trabajo remunerado y la experiencia de su salud. En qué medida la participación de las mujeres en el mercado laboral ha supuesto una fuente de salud física y mental –incluso cuando este haya sido duro, mal pagado y poco reconocido–, frente a la de sus antecesoras, amas de casa o trabajadoras sin remuneración. No hay mucha investigación acerca del tema de los beneficios del trabajo remunerado en la salud de las mujeres, pero estos señalan que los factores sociales y relacionales protegen contra la enfermedad física o mental, al permitir mejorar la autoestima, la seguridad en la toma de decisiones y ofrecer apoyo social y también mayores sentimientos de satisfacción vital.

El trabajo remunerado tiene también otras ventajas saludables: permite estructurar el tiempo individual, proporciona medios económicos, contactos sociales e identidad laboral. En el caso de las mujeres se considera que la participación en el mundo laboral mejora la salud en la medida en que proporciona, además de independencia económica y autoestima, estatus social y poder. El apoyo social que facilita el trabajo remunerado es valorado como el elemento más importante para mantenerse en él, al margen de la posible necesidad económica. Las participantes en la investigación acerca de salud y trabajo remunerado de Forssén y Carlstedt hacen hincapié en que este les permite manejar y aliviar las enfermedades y que el trabajo remunerado ofrece numerosos beneficios en relación a la salud, entre los que destacan el hecho de tener una vida significativa, sentirse competente y necesitada, recibir reconocimiento, tener humor y que los días estén de este modo más estructurados.

CIUDADANAS, NO CONSUMIDORAS

Uno de los cambios clave en la configuración de la vejez de las mujeres del siglo XXI es su consideración personal de «ciudadanas», con las consiguientes experiencias que de este concepto se derivan y su negativa a ser excluidas de las prácticas de ciudadanía que con tanto sacrificio han conquistado como generación.

Ciudadanas, mujeres participando en la vida pública que en el caso de nuestras futuras ancianas no suelen estrenarse en ellas a la vejez. Normal-

mente –en tiempos anteriores– estuvieron vinculadas a otros ámbitos de actividad vecinal, social y/o política. Vienen de trayectorias de implicación social en la esfera pública y no se puede decir que su participación se derive de su nueva situación de mujeres jubiladas o porque disponen de más tiempo libre: son mujeres activistas que han envejecido. De hecho, esta continuidad en la implicación y participación social se relaciona con niveles educativos altos, independientemente de la edad o el sexo. Podemos decir que nos encontramos ante una «cultura de la militancia» o de la participación en sus diversas formas, en las mujeres mayores.

La participación permite a las mujeres mantenerse en la brecha del aprendizaje y de la adquisición de conocimientos de última hora. Es una forma de no jubilarse –en el sentido de la pérdida de la onda social y cultural– y de sentirse «formando parte de» –alejando el fantasma de la soledad que puede presentarse en la vejez; además de sentir que se participa del sueño de la construcción de un mundo mejor, contribuyendo al cambio social. Su introducción en la cultura incluye también el interés por el arte y sus diversas manifestaciones: el mundo de la imagen, el cine, la televisión, las artes plásticas, el teatro, la literatura, que ha iluminado toda su vida y les ha ayudado a imaginar mundos posibles.

La jubilación femenina se presenta como una etapa privilegiada para el compromiso, tanto hacia los seres más cercanos, como en las asociaciones, en el trabajo a tiempo parcial, en la vida política y democrática cotidiana de la comunidad. Las mujeres mayores son activas en múltiples sectores de la vida social, además de desempeñar un papel determinante en los cuidados familiares y el voluntariado y también en la vida democrática y política. En su afán de compaginar los diferentes mundos: familia, trabajo, comunidad, han mantenido una relación delicada entre estos diversos ámbitos públicos y su vida familiar, en la que las negociaciones en términos de tiempo y deseo no han solido ser fáciles. La familia y las necesidades de sus seres queridos han condicionado el compromiso social de estas mujeres que han mostrado una voluntad sostenida de conciliar su vinculación social, política y vecinal con las necesidades de su familia. Esta generación ha pasado de la casa a la ciudad; se ha aventurado a ocupar espacios nuevos; ha asumido otros papeles sociales y creado modelos inéditos de mujeres en el mundo público, de ciudadanas comprometidas, más allá de las fronteras de la edad.

Estas mujeres han vivido presionadas por la familia y por la religión católica, así como por los valores que de ambas instituciones se han derivado en la constricción de sus vidas. Han conquistado derechos civiles (voto), sociales (educación, trabajo remunerado, dinero propio) y perso-

nales, convencidas de que «lo personal es político» (aborto, divorcio, control de la natalidad, de su cuerpo y de su sexualidad). Hijas de mayo del 68, han conquistado un mundo propio, no sin grandes contradicciones, malestares y sufrimientos afectivos e intelectuales, tratando de mantener una coherencia entre su vida privada y su vida pública.

Han roto claramente con el modelo de vida de sus madres y abuelas, pero carecen de modelos validados, así que apoyándose unas a otras van trazando los nuevos caminos para las generaciones del futuro. Han sido pioneras en numerosos ámbitos: en la política, en la universidad, en la academia, en el sindicato; han contribuido a que las mujeres de las siguientes generaciones tengan de manera más fácil el acceso a la ciudadanía, a su propio cuerpo, a la cultura y al mercado de trabajo, gracias a su participación en las tareas de representación política, de defensa de los derechos y también en actividades sociales o de voluntariado. Muchas no se definen como feministas; sin embargo, su vida y las conquistas personales y sociales por las que han luchado han contribuido de manera clara a que la vida de las mujeres sea mejor.

¿SER ÚTIL O UTILIZADA?

Las ancianas de hoy han formado parte de la «generación sándwich». Han permanecido al servicio de su familia, de sus progenitores mayores y de sus hijas e hijos que siguen necesitando su ayuda, como abuela, como madre. Aunque en algunos momentos se puede considerar que el apoyo que estas mujeres mayores prestan a sus hijas les permitirá situarse en el mercado laboral y disponer de la libertad y la independencia de la que sus madres han carecido, lo cierto es que el trabajo abnegado de estas abuelas contribuye a perpetuar los modelos de relación tradicional, al impedir que sus hijas negocien con sus parejas las tareas de cuidado. Esta es una generación que no se va a repetir, porque estas hijas, cuando son interrogadas acerca del tema, afirman claramente que ellas no van a cuidar de sus nietas y nietos como han hecho sus madres.

La tendencia creciente a mantener el discurso utilitario en relación con las personas mayores supone una forma de edadismo que empieza a ser cuestionado por las propias personas mayores al desvelar algunas de las trampas que residen en la cultura de la participación. ¿Se trata de ayudar o simplemente se enmascara un trabajo gratuito?, ¿de ser útil a una causa o de ser utilizada como mano de obra gratuita en esa causa? Con demasiada frecuencia se ve a las personas mayores en términos de su potencial trabajo voluntario, resolviendo una serie de necesidades sociales que nadie cubre.

Han sido mujeres educadas en la renuncia a su tiempo libre y a sus deseos, por lo que tienen dificultades para decir «no» y marcar los límites. Desean estar implicadas y politizadas, pero a veces se sienten explotadas; con su participación desean asegurar la continuidad de las causas que emprendieron en otros tiempos (feminismo, ciudadanía, sociedad, familia, etc.), están orgullosas de haber pavimentado el camino para las nuevas generaciones. Son generativas y desean legar su conocimiento y su obra a las jóvenes generaciones; prefieren ser vistas como personas activas, en constante aprendizaje, abiertas a las nuevas tendencias y tratando de cambiar el mundo para mejor. ¿Preconizamos una vejez activa o una vejez incansable? ¿Dónde está el necesario tiempo de silencio?

VÍNCULOS Y RELACIONES EN LA EDAD MAYOR

La diversidad caracteriza la vida afectiva y relacional de las mujeres que hoy empiezan a ser mayores, no sin dolor. A pesar de todo, la familia es y parece que seguirá siendo un tema importante en la vida de las mujeres de todos los tiempos. La ideología de la familia tradicional ha atravesado la vida de las mujeres de todas las edades, a pesar de que desde hace ya casi medio siglo se han ido perfilando nuevas formas familiares. Al modelo familiar tradicional (entendido como modelo universal, a pesar de que es fundamentalmente fruto de la división sexual del trabajo del siglo XIX, caracterizado por la dependencia económica de la mujer y la ausencia de implicación masculina en las tareas de cuidado y en las tareas domésticas), le han seguido otros modelos derivados de la inserción de las mujeres en el mercado laboral y de las reivindicaciones feministas en cuanto a la equidad en el reparto de responsabilidades. Los nuevos modelos han deconstruido el mito familiar mostrando una gran variabilidad de modelos a los que se otorga la misma validez legal, social y personal, entre los que se encuentran la familia heterosexual igualitaria, la familia monoparental mujer y también la monoparental hombre, la familia homosexual –lesbiana y gay– y las nuevas «familias de elección». Todas ellas derivadas de los cambios sociales del siglo XX y de las consideraciones teóricas del feminismo.

Sin embargo, ser mujeres críticas no nos ha inmunizado por arte de magia de la influencia cultural en que nos hemos socializado. El discurso patriarcal-marital no se evade fácilmente, por lo que la construcción de los nuevos modelos de relación y vínculo exige imaginar, y poner en práctica, nuevas fórmulas, para las que no hemos tenido modelos consolidados.

Los nuevos modelos en construcción han permitido un cambio social; ya no se supone que haya una especialización natural de las tareas de crianza en las que la madre es la única que puede asegurar un correcto desarrollo físico y psíquico de las criaturas, sino que se privilegian sobre todo las relaciones igualitarias y la conciliación en cada uno de los miembros de la pareja –homo o hetero– de las cualidades psicológicas y comportamentales que permitan un desarrollo armónico de las criaturas.

El matrimonio heterosexual ha seguido siendo un objetivo en la vida de estas generaciones, aunque en menor medida. Lo cierto es que muchas de estas nuevas ancianas se casaron en su momento por amor –no para resolver su vida económica como las generaciones anteriores– con hombres que, si bien sostenían en teoría el discurso de la igualdad, en la práctica se comportaban como sus padres. La convivencia con estos maridos cuyos discursos teóricos mostraban sensibilidad social y armazón democrático, pero que no renunciaron a sus privilegios de género que asumían como algo «natural», generó muchos conflictos de relación y con ello un aumento de la tasa de divorcios y separaciones. Las mujeres de las nuevas generaciones que han deseado mantener relaciones igualitarias con sus parejas han tenido que desplegar estratégicamente una variedad de discursos e implicarse en numerosas prácticas diferentes para manejar los contextos de la vida cotidiana. Las desigualdades en las relaciones íntimas no son solo producto de las negociaciones interpersonales, sino resultado de los efectos limitadores de las normas culturales y otros espacios significativos socialmente, como la familia de origen.

LA CULTURA *SINGLE*

Si sus antecesoras eran esposas, madres, hijas, vecinas; ellas son parejas, amantes, madres y madrastras, hermanas, colegas, cibernovias y, sobre todo, divorciadas. Las próximas ancianas que son las mujeres que hoy se sitúan en la cincuentena tienen el doble de probabilidades de estar divorciadas que las viejas de hoy. Esta generación de nuevas ancianas ha estrenado la práctica de la vida *single*. Por una parte, como hemos señalado, se divorciaron y separaron cuando las contradicciones de las prácticas de igualdad en la vida cotidiana se hicieron demasiado patentes, y, por otra, también es cierto que –en la medida en que podían elegir– muchas de ellas optaron desde mucho antes por vivir vidas que no incluían el matrimonio heterosexual.

Esta generación fue la que deconstruyó el antiguo concepto de «solterona» que atormentó y mediatizó las opciones de vida de sus madres y abuelas. Las ancianas del siglo XXI aún han convivido con el fantasma de la soltería, pero ya a media voz, en una sociedad que ya no se lo creía. No deseaban cargar con la losa del matrimonio convencional y el convento no era ya una opción interesante, por lo que inauguraron el camino profesional y el control de su vida afectiva bajo nuevos parámetros. Por unas razones u otras aprendieron a vivir solas muchos años antes que sus madres —que lo hicieron con todas las bendiciones sólo cuando se quedaron viudas, aunque el grupo de separadas/divorciadas que no hicieron en su momento provisiones económicas son las que se encuentran en peor situación económica en la vejez— y, con ello, a manejar todos los hilos de su vida (economía, sexualidad, independencia), no sin dificultad, dada la falta de modelos en que mirarse.

Frente a lo efímero de las relaciones afectivas y la fragilidad de los vínculos amorosos, las nuevas generaciones de mujeres mayores han puesto en práctica unas relaciones de vínculo y apoyo que podemos denominar las «familias de elección»: redes normalmente de mujeres, salpicadas por algunos varones, que constituyen un fuerte entramado de apoyo y suponen un antídoto contra la soledad y el aislamiento. Fuentes de conocimiento cultural, de apoyo social, de intercambio de saberes, de vínculo y seguridad emocional, estas nuevas formas de familia permiten a las mujeres mayores disfrutar de su vida en soledad con la seguridad de que nada malo puede ocurrirles, dada la eficacia de funcionamiento de la estructura en red de estas «familias de elección».

ANCIANAS DE HOY Y DE MAÑANA

Muchos de los arreglos vitales, profesionales y relacionales que las mujeres han ido consiguiendo en el siglo XX fueron apuntados por las preclaras escritoras de finales del XIX y principios del XX (Edith Warton, Charlotte Perkins Gilman, Kate Chopin, Willa Cather, Virginia Woolf, Katherine Mansfield, etc.) que tuvieron la agudeza histórica de escribir relatos y novelas en los que preconizaban nuevos tiempos para las relaciones y trazaron los caminos para el gran cambio, proponiendo modelos de mujer independientes profesional, política y emocionalmente. Autoras cuyas obras han supuesto un faro que ha iluminado la vida de las mujeres, orientando el nuevo ciclo vital de las mayores del futuro.

El siguiente cuadro se plantea como una síntesis de algunos de los ámbitos en los que las transformaciones sociales –que van a marcar las diferencias entre las ancianas de hoy y las de dentro de dos décadas– se pueden manifestar de manera más clara. No son estos los únicos posibles, la velocidad de transformación de la vida social y relacional nos permite suponer que estos son solo algunos, válidos para determinadas personas, y que la imaginación y la creatividad individual y colectivas tendrán que hacer el resto.

Mujeres ancianas siglo xx	Mujeres ancianas siglo xxi
Longevidad	
A los 60 años: final de la vida	Aumento de las expectativas de vida A los 60 años: nuevos inicios
Cultura	
Sin estudios	Con estudios
Escaso acceso a la cultura	Ampliación espacios culturales
Religiosidad	Nueva espiritualidad
Trayectoria profesional	
Ama de casa	Trabajo remunerado / Conciliación
Pobreza en la vejez	Jubilación
Salud y belleza	
Mala salud percibida	Redes de salud feminista
Alimentación secundaria	Conocimientos dietéticos y saludables
Sin actividad física y deportiva	Actividad física y deportiva
Entrega tiempo propio	Control sobre el tiempo. Límites
Sin tiempo de ocio	Dispone de tiempo para sí
Belleza desvalorizada	Presión modelos de belleza, nuevos modelos
Vínculos afectivos	
Familia clásica / matrimonio	Nuevas formas de familia. Divorcio, cultura <i>single</i>
Muchos hijos e hijas	Pocos hijos e hijas. Sexualidad negociada
Cuidadora / abuela 4x4	Cuidadora en red
Heterosexualidad	Libertad opción sexual
Vecinas	Amigas / redes
Vivir a solas en la vejez	Vivir a solas desde mucho antes

Los cambios sociales que han transformado la vida de las mujeres y de los hombres a lo largo del siglo xx exigirán poner en práctica estrategias sumamente creativas para vivir en paz y felices durante los últimos años de la larga vida.

La marea de los cambios sociales lleva a las nuevas ancianas a playas diferentes de aquellas que acogieron a sus antecesoras; pero no han llegado solamente empujadas por las circunstancias. Por primera vez en la historia estas mujeres maduras han elegido sus caminos y navegado de acuerdo a sus propias cartas náuticas. Evidentemente esto no impide los naufragios, pero hace que el viaje tenga más interés y más significado.

BIBLIOGRAFÍA

- ARBER, SARA y GINN, JAY (1996): *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*, Narcea, Madrid.
- BARNETT, ROSALIND C. y BARUCH, GRACE K. (1978): «Women in the middle years: A critique of research and theory», *Psychology of Women Quarterly*, 3, pp. 187-197.
- BERNARD, MIRIAM; PHILLIPS, JUDITH; MACHIN, LINDA y DAVIES VAL HARDING (eds.) (2000): *Women Ageing. Changing Identities, Challenging Myth*, Routledge, Londres.
- CORIA, CLARA (2001): *El amor no es como nos contaron... ni como lo inventamos*, Paidós, Buenos Aires.
- CHARPENTIER, MICHELE; QUENIART, ANNE y JULIE JACQUES (2008): «Activism among older women in Quebec, Canada: Changing the world after age 65», *Journal of Women & Aging*, 20 (3-4), pp. 343-360.
- ELIZABETH, VIVIENNE (2003): «To Marry, or Not to Marry: That is the Question», *Feminism & Psychology*, 13 (4), pp. 426-431.
- ERIKSON, ERIK H. (1963/1970): *Infancia y sociedad*, Paidós, Buenos Aires.
- EVERINGHAM, CHRISTINE; WARNER-SMITH, PENNY y JULIE BYLES (2007): «Transforming retirement: Re-thinking models of retirement to accommodate the experiences of women», *Women's Studies International Forum*, 30 (6), pp. 512-522.
- FORSSEN, ANNIKA S. K. y GUNILLA CARLSTEDT (2007): «Health-Promoting Aspects of a Paid Job: Findings in a Qualitative Interview Study With Elderly Women in Sweden», *Health Care for Women International*, 28, pp. 909-929.
- , CARLSTEDT, GUNILLA y CHRISTINA M. MORTBERG (2005): «Compulsive sensitivity-A consequence of caring: A qualitative investigation into women

- carer's difficulties in limiting their labours», *Health Care for Women International*, 26, pp. 652-671.
- FORTIN, PIERRETTE (2005): «Un regard féministe sur les modèles de famille», *Atlantis*, 30 (1), pp. 80-91.
- FOUCAULT, MICHEL (1975/1994): *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Madrid.
- FREDRICKSON, BARBARA L. y TOMI-ANN ROBERTS (1997): «Objectification theory: Toward understanding women's lived experiences and mental health risks», *Psychology of Women Quarterly*, 21 (2), pp. 173-206.
- FREIXAS, ANNA (1993): *Mujer y envejecimiento. Aspectos psicosociales*, La Caixa, Barcelona.
- (1997): «Envejecimiento y género: otras perspectivas necesarias», *Anuario de Psicología*, 75 (2), pp. 31-42.
- (2002): «Dones i envelliment. Apunts per a una agenda», *DCIDOB*, 82, pp. 36-39.
- (2004): «Abuelas en la encrucijada», en M. JOSÉ PORRO (ED.): *Vivir la Historia... Contar la Vida*, Universidad de Córdoba, pp. 287-304.
- FRIEDAN, BETTY (1993/1994): *La fuente de la edad*, Planeta, Barcelona.
- GANNON, LINDA (1999): *Women and Aging. Transcending the Myths*, Routledge, London.
- GILLIGAN, CAROL (1982/1991): *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*, FCE, México.
- GREER, GERMAINE (1991/1993): *El cambio. Mujeres, vejez y menopausia*, Anagrama, Barcelona.
- KINGSBERG, SHERYL A. (2002): «The impact of aging on sexual function in women and their partners», *Archives of Sexual Behavior*, 31 (5), pp. 431-437.
- LEVINSON, DAVID J. (1978): *The seasons of a man's life*, Knopf, Nueva York.
- LIBRERÍA DE MUJERES DE MILÁN (1987/1991): *No creas tener derechos*, horas y HORAS, Madrid.
- LUQUE SALAS, BÁRBARA (2008): «El itinerario profesional de las mujeres jóvenes: una carrera de obstáculos», *Anuario de Psicología*, 39 (1), pp. 101-107.
- MAGARIAN, ALBERT (2003): «Les mouvements associatifs», *Gérontologie et Société*, 106, pp. 249-261.
- MILAN, ANNE (2005): «Volonté de participer. L'engagement politique chez les jeunes adultes», *Tendances sociales canadiennes* (Statistique Canada, N.º 1-008), pp. 2-7.
- PEARSALL, MARILYN (Ed.) (1997): *The other within us. Feminist explorations of women and aging*, Westview Press, Boulder.
- QUENIART, ANNE y JOCELYNE LAMOUREUX (eds.) (2003): «Femmes et engagement», *Les cahiers de recherche sociologique*, 37, pp. 5-18.

- SORENSEN, GLORIAN y LOIS M. VERBRUGGE (1987): «Women, work, and health», *Annual Review of Public Health*, 8, pp. 235-251.
- THOMAS, GERARD y SARAH FOGG (2000): *The best times, the worst of times. Older woman's retirement experience. Messages for future older women (Report)*, Older Women's Network, Sydney.
- TOBIO, CONSTANZA (2005): *Madres que trabajan. Dilemas y estrategias*, Cátedra, Madrid.
- VALLS LLOBET, CARME; BANQUE, MARTA; FUENTES, MERCE y JULIA OJUEL (2008): «Morbilidad diferencial entre mujeres y hombres», *Anuario de Psicología*, 39 (1), pp. 9-22.
- WOLF, NAOMI (1991): *El mito de la belleza*, Emecé, Barcelona.
- WOOLF, VIRGINIA (1999): *Tres Guineas*, Lumen, Barcelona.

Recibido el 9 de marzo de 2009

Aceptado el 30 de abril de 2009